

UN DOLOR INSOPORTABLE

La batalla era inminente y los soldados hambrientos y mal dormidos harían lo que pudieran. El General en la camilla de su tienda de campaña no podía dar el mando que la emergencia imponía, ocupado más bien en su propio fuego. Y sus fuerzas se agotaban.

Que llegara ayuda de Buenos Aires hubiera sido un milagro, eso que normalmente no ocurre, pues sus cartas suplicantes no habían producido ni un lejano eco. La capital, de espaldas al país, no pasaba de mirar un horizonte atlántico y la quimera de una felicidad ajena a la europea. Y el dolor de provincias despreciadas y ninguneadas que el General sentía como propio.

Como un cañonazo en la boca del estómago el ardor se tornaba insoportable por lo que de la camilla saltó a la silla buscando que la fuerza de gravedad hiciera decantar los jugos gástricos. Lo mismo que sus propios batallones, que azotados por la artillería enemiga ganaban una loma tratando de que el aluvión de balas no los alcanzara.

Y el espanto de la derrota que ya irrumpía en su tienda. Los partes daban cuenta de muertos y heridos y su dolor se agudizaba pensando en esos desgraciados y en los padecimientos de los cuerpos mutilados, destrozados, perforados, sangrados, asfixiados. Hombres agónicos y despavoridos que se aliviarían con un fármaco cuyas escasas raciones no alcanzaban más que para él, a pesar de su misericordia.

Una libertad parida por miles de almas y por este hombre, más tarde prócer, que sólo contaba con sus propias intuiciones de ínfimos avances en medio de tantos retrocesos. Hombre superior que sabía comprender la sutil diferencia entre el sentido y el absurdo del dolor, dilema del orden de lo imposible.

Con el parte final del desbande alcanzó a indicar que la retirada fuese lo más ordenadamente posible para evitar que todo ese ejército forjado en base a enormes sacrificios se perdiera para siempre. Y la angustia y las ganas de llorar con tanto dolor propio y ajeno sobre sus espaldas. Mientras se lo llevaban vomitando sangre tuvo la ocurrencia de pensar que los generales vencidos también deberían adoptar la costumbre de esos capitanes que se hunden con sus barcos.

En medio de este inaudito martirio entornó los ojos y una mueca indescifrable se dibujó en su rostro, parecida a la sonrisa de saber que esa tarde no tendría que matarse. Como si aún perdido por perdido quedara una última carta por jugar. Un fármaco que luego de un viaje calmo, indoloro, introspectivo y ajeno a toda preocupación, le devolvería algunas horas de sueño. Miró el botiquín abierto y confirmó que aún tenía a su alcance su pasajera salvación: la última ampolla de morfina.

16 de Octubre del 2011